

**Ana Coello**

# **Vidas cruzadas**

## Agradecimientos

A mis hijos, mi marido, mi familia, vaya que no podría aterrizar nada sin su comprensión, apoyo y palabras de aliento. A Nova Casa Editorial por darnos la oportunidad de tener mis letras en las manos, y a las maravillosas Coemas, sobre todo a Nany Kro, creadora del movimiento, preciosa persona que me enseñó que se puede querer en la distancia.

*En la vida hay existencias complicadas,  
almas destrozadas, situaciones que defraudan,  
pero nada comparado con seres que se aman.*

# Dos lunas

1

—Lo siento, Isabella, pero es lo mejor. No me puedo hacer cargo de los tres. Tus hermanos aún necesitan cuidados y educación; yo nunca estoy aquí, no puedo asumir una responsabilidad de ese tamaño. Realmente lo siento. No haría esto si no estuviera convencido de que es lo mejor para ustedes.

Isabella no lo miró. Estaba muy desilusionada y herida; las personas siempre los habían abandonado, pero separarlos ¡jamás!

—¿Sabes, Sebastián? Nunca nadie me decepcionó tanto como tú lo estás haciendo hoy. Esto nunca te lo voy a perdonar. Creí que eras diferente y confié; ese fue mi error.

A Sebastián le dolieron aquellas palabras; sabía que las sentía de verdad. No quería lastimar a ninguno de los tres, pero Marco tenía quince años; Dana, apenas diez; e Isabella..., ella tan solo veintiuno, muy joven aún. Merecían una vida mejor que la que él les pudiera dar. Las empresas lo absorbían por completo, no estaba casado ni tenía interés en estarlo; iba y venía, sin más. ¿Cómo podría educar a ese par de chicos y darles todo lo que necesitaban si él mismo no era un buen ejemplo de cordura y estabilidad?

Salió sofocado de la pequeña recámara de servicio que ocupaba la joven. Estaba exhausto; ese día se estaba haciendo más largo de lo que había supuesto. Pasó por la cocina, se sentó en el sofá de gamuza negra que se encontraba en la sala, respiró hondo, cerró los ojos y se perdió entre los recuerdos. ¿Cómo era posible que su vida hubiera cambiado tanto en los últimos trece días?

Todavía podía verlos cruzando aquella calle. Él, en su auto deportivo, arrancó en alto, distraído, y de pronto, un golpe seco le avisó de que algo había sucedido. Frenó y bajó, sudando. En menos de un segundo, dos personitas estaban llorando y gritando horrorizadas frente al bulto inmóvil que yacía frente al carro. Había atropellado a alguien; ¿lo mató?

Al mirar mejor, se dio cuenta de que era una niña delgada y pequeña que tenía sangre en el rostro. Se le revolvió el estómago. Se agachó para fijarse mejor, sin hacer caso de los reclamos que escuchaba. La movió un poco y la niña abrió los ojos. De repente, cuando las dos voces se silenciaron, alzó el rostro para observarlos.

Ahí fue cuando la vio.

Eran los ojos más hermosos que hubiera visto jamás; grandes como dos lunas, limpios como ningunos otros. Tenía lágrimas adornándolos; lo observaban con súplica y temor.

No supo cómo pasó todo, pero tomó a la niña en brazos y la metió al auto. Sabía que aquellos pozos se subirían también, al igual que el tercer acompañante. En el camino llamó a Paco, su mejor amigo, que era médico. Le explicó lo que había ocurrido y le rogó que lo alcanzara cuanto antes en su casa.

La niña, Dana, solo se lastimó el hombro, además de algunos raspones en diferentes

partes del cuerpo y la cara. Esos ojos que lo hipnotizaron no se volvieron a alejar de la pequeña herida, hasta que Paco dictaminó que todo estaba bien y que sanaría en unos tres días.

—Salgamos de la habitación para que pueda descansar. —no fue hasta ese momento en que se dio cuenta de lo que había hecho: había metido a tres jovencitos extraños en su casa. Dos de ellos lo observaban detenidamente, callados. Estaban mal vestidos, se leía el hambre en sus ojos y parecía que no se habían topado con un baño por lo menos en una semana—. ¿Qué vas a hacer con ellos, Sebastián? —la voz de Paco le sonó muy lejana, y a la vez lo ayudó a salir del sopor. Los muchachos estaban esperando la misma respuesta.

—No lo sé —admitió, turbado. Sin embargo, no tenía corazón para dejarlos a su suerte—. Pero me parece que por ahora les puedo pedir algo de comer. ¿No tienen hambre? Y si lo desean, pueden pasar aquí la noche. Me imagino que no tienen otro sitio a dónde ir —se giró para verlos. Los chicos eran muy atractivos; sin embargo, la mayor tenía algo fuera de lo común. No era principalmente su belleza lo que llamaba la atención, era el hecho de que parecía como un ser que no pertenecía a este planeta. Sus ojos no cesaban de mandar diferentes mensajes todo el tiempo.

—Sí, la verdad es que yo sí tengo hambre, señor. ¡Auch! —la joven le dio un codazo a su hermano, reprendiéndolo.

—No, Marco, no podemos quedarnos aquí. Dana va a estar bien; este doctor ya lo dijo, así que nos vamos —al decir esto, se dirigió a la recámara. Sebastián se colocó entre la puerta y ella para evitar que siguiera avanzando.

—No. No voy a permitir que te la lleves, ella debe descansar. Cometí un error y solo te pido que me permitas enmendarlo —ese par de ojos se elevaron hacia él y lo observaron durante lo que pareció un año; buscaban algo en ellos.

—Este señor tiene razón. Además, ya es de noche y afuera hace frío. No podemos llevarnos así a Dany, y yo estoy cansado y tengo hambre. Por favor, Isabella... —Esa fue la primera vez que escuchó su nombre, y estuvo seguro de que jamás lo olvidaría. Ella no dejaba de estudiar los ojos de su anfitrión.

—No me parece correcto abusar, Marco. Debemos irnos.

—¡Discúlpame, Isabella, pero creo que estás mal! Tan solo comamos algo —suplicó Marco. Se veía tan inocente con esos rizos enmarcándole la cara y esos ojos tan grandes como los de ella. «Deben de ser hermanos», concluyó Sebastián; aquellos rostros eran demasiado similares. Isabella agachó la mirada, pensó un momento y asintió.

Sebastián pidió pizza y cenaron los cuatro. Más tarde, le mostró a Marco un cuarto en la parte trasera del apartamento, junto a la cocina. Era el que estaba destinado para la servidumbre y se acababa de desocupar. Solo tenía una pequeña cama individual, por lo que el chico durmió ahí. A Isabella ya le había dicho que lo mejor era que durmiera con su hermana en la recámara donde Dana se encontraba. La joven le dio un «gracias por todo» cargado de alabanza y mucha gratitud.

Después de ese día, todo sucedió demasiado rápido. Isabella comenzó a asumir los quehaceres de la casa mientras sus hermanos le ayudaban, dándose cuenta de que no había quien los hiciera.

Cuando mencionaban que tenían que irse, Sebastián usaba como pretexto a Dany para que no lo hicieran. Por primera vez en su vida, no se sentía solo y consideraba que

estaba ayudando sin pedir nada a cambio. No hablaba mucho con Isabella, pero Marco y Dana eran un par de chicos sinigual y alegres; siempre estaban sonrientes y lo seguían a todos lados.

El sexto día, Dana y Marco acompañaron a Sebastián a comprar. Conversaban y bromeaban, como comenzaba a ser costumbre.

—Sebastián, ¿tú nos adoptarías? ¡Creo que serías un papá divertido! —comentó de repente Dana.

—¡Sí! ¡Adóptanos! Tú eres lo máximo —Sebastián dejó de sonreír; un pesado nudo en la garganta apareció. No había pensado en eso, y los chicos tenían razón en algo: necesitaban una familia que terminara de educarlos, que los quisiera y que se hiciera cargo de ellos. Debían ir a la escuela, salir de vacaciones y vivir una vida como cualquier niño normal.

—¿Yo? ¿Su papá? No lo había pensado. Pero díganme algo: ¿dónde estuvieron este tiempo? —los dos se miraron entre sí, sopesando si lo mejor sería hablar sobre ello—. Vamos, ¿no confían en mí?

—En un hospicio. Ahí se hicieron cargo de nosotros los últimos nueve años —confesó Marco en voz baja.

—Oh, ¿y por qué ya no están ahí?

—Porque... nos escapamos —contestó el adolescente, apenado—. Una familia quería adoptar a Dana y otra a mí.

—¿Y por eso decidieron escapar?

—Sí. Isabella se iba a quedar sola y jamás hemos estado alejados. Nosotros somos tres hermanos, venimos juntos —su pecho se tornó pesado; experimentó de inmediato una infinita ternura al escuchar esas palabras tan llenas de lealtad y amor.

—Entiendo, pero es muy difícil que alguien adopte a su hermana. Ella ya es mayor.

—Lo sabemos. Solo quiere tiempo para terminar su carrera y poder hacerse cargo completamente de nosotros. ¿Sabes? Le quedan tres años. Está estudiando Finanzas y es muy buena —lo último lo dijo con entusiasmo, dejando claro el lazo que los unía y el orgullo que sentía por esa chica.

—Veré qué puedo hacer —Sebastián no lograba entender cómo es que la vida lo colocó en esa situación, pero sí sabía que debía hacer algo para ayudarlos.

Ese día, en cuanto llegaron a casa, realizó varias llamadas telefónicas haciendo uso de todas sus influencias y lo consiguió. El plan no era ese originalmente, pero sonaba muy bien. A Marco y a Dana los adoptaría un matrimonio que conocía de toda la vida. Ellos ya estaban un poco mayores; sin embargo, podían y querían darles todo lo que necesitaban, además de amor. El único problema era Isabella. Sebastián le prometió al juez que la emplearía y no permitiría que interfiriera esta vez en la adopción de sus hermanos; la mantendría controlada y la ayudaría en todo lo que pudiera.

## \$

—Isabella, tengo que hablar contigo —ella lo miró con sorpresa y expectante.

—Dígame...

—Háblame de «tú», por favor. Ven, siéntate —la joven hizo caso, acomodándose en el moderno comedor, justo a su lado.

—No sé cómo empezar... —la chica lo observó y esperó—. Verás, me he encariñado

mucho con ustedes en estos días, así que decidí hacer algo para ayudarlos —Isabella lo miró con emoción. Sabía de la conversación que sus hermanos sostuvieron con él hace unos días y estaba segura de que se quedaría con ellos—. Tú te has dado cuenta de que soy un hombre con una vida complicada, por así decirlo; tengo negocios y muchos compromisos, pero gracias a eso también cuento con muchas influencias.

»Hablé con conocidos, con la responsable del hospicio donde vivían y con el juez que se estaba haciendo cargo de la adopción de tus hermanos, y después de muchas llamadas y abogados, logré lo que buscaba —Isabella no esperó ni un minuto más y lo abrazó. Sebastián no dio crédito a esa reacción que, sin poder aceptarlo, le generó una sensación extraña y única. Su cálido aroma lo mareó; hizo acopio de toda su voluntad y la alejó cariñosamente al tiempo que trataba de corregir la reacción, pues sabía que cuando entendiera las cosas, su actitud iba a ser muy diferente—. Espera, todavía no termino. Mmm... Bien. Lo que sucede es que conseguí que una pareja que conozco de toda la vida adoptase a tus hermanos juntos. Es un matrimonio hermoso. Sus hijos murieron en un accidente hace años. Después de eso se quedaron muy solos y deprimidos, así que se me ocurrió llamarles y proponerles esto. Enseguida estuvieron de acuerdo, y los trámites de adopción ya son un hecho —la joven se irguió. Cambió de color rápidamente y sus ojos, ni se diga, ya lo miraban con odio y rencor, con desilusión y mucho dolor.

—¿Qué?! ¿Cómo pudiste hacernos esto? Ellos te dijeron cuáles eran mis planes, y yo pensé... ¡Qué estúpida! ¿Cómo se me ocurrió? No lo puedo creer. Nos vamos ahora mismo de aquí y gracias por.... ¡esto! —gritó, levantándose rápidamente de la silla, furiosa.

Sebastián se maldijo interiormente. La alcanzó enseguida tomándola con firmeza del brazo.

—Tú no vas con ellos a ningún lado, no seas egoísta. Les estoy ofreciendo un futuro mejor; podrás verlos todos los días que quieras y trabajarás aquí conmigo. Terminarás tu carrera, como debe ser.

—¡Suéltame! —rugió.

—¡No! —la voz del hombre sonó más fuerte y molesta de lo que esperaba.

—¿Por qué lo hiciste? ¿A ti qué más te damos? —Él aflojó su apretón.

—Porque es lo correcto. Ni a ti ni a ellos nunca más les va a volver a faltar nada, te lo juro —afirmó con vehemencia, intentando convencerla de que eso era lo mejor.

—Tú no sabes nada. No entiendes nada y es normal; naciste rodeado de lujos, rodeado de seguridades, ¡lo tienes todo! No imaginas lo que hemos vivido, todo lo que hemos pasado —le espetó Isabella con la voz quebrada por la desesperación.

—Tienes razón. No sé nada de lo que ustedes han vivido, pero tú tampoco tienes ni idea de mi vida. Lo único que quiero, y voy a hacer, es ayudarlos, incluso con tu pesar. Dime una cosa, ¿qué futuro quieres para tus hermanos? ¿Quieres que un día de estos uno de ellos enferme, no tengas cómo curarlo y pueda morir, o quieres que sean unos niños sin educación y, por lo tanto, sin oportunidades? —Isabella palideció ante esta perspectiva.

—Yo estoy dispuesta a hacerme cargo. Solo debo encontrar un trabajo —murmuró.

—No, tú no vas a dejar de estudiar. Vas a trabajar aquí conmigo, ayudándome por ahora con el aseo de la casa, mientras encuentras algo más, como hiciste estos días. Irás a tus clases, terminarás tu carrera y te graduarás, y tus hermanos harán lo mismo.

Los podrás ver todos los días que quieras. Yo te pagaré, podrás ahorrar y a lo mejor, después, cuando seas mayor y veas que lo que digo tiene sentido, me lo agradecerás —gruñó Sebastián.

—¡Jamás! Esto es un golpe muy bajo. Te juro que nunca te voy a perdonar —Isabella se hallaba cargada de ira, de resentimiento.

—Está bien. Di lo que quieras, pero así va a ser, te guste o no, porque de lo contrario, te juro que voy a conseguir una orden del juez para que no te puedas acercar a tus hermanos en mucho tiempo, y si te atreves a llevártelos, te van a buscar hasta por debajo de las piedras, irás a prisión y ellos estarán solos, solos de verdad —los ojos de Isabella se abrieron de forma desmesurada a causa de la impresión. No podía creer lo que acababa de escuchar; le había cerrado, al parecer, cualquier salida.

Respiró hondo, mirándolo con odio.

—Tú ganas. Haré lo que quieres porque no me dejas otra alternativa, pero tú no me puedes tener aquí a la fuerza; yo me voy —Sebastián se inclinó, acercándose tanto que podía sentir su delicioso aliento acariciándole el rostro.

—Si te vas de aquí, llevaré a cabo la orden de restricción y no serás libre para verlos, así que decídete ahora —la joven lo desafió con sus ojos clavados en los de él.

—Algún día entenderás lo que me estás haciendo. Acabas de romper la poca confianza que me quedaba en la gente, pero de nuevo, tú ganas. Haré todo lo que deseas —Y como una felina herida, desapareció.

Sebastián soltó un suspiro profundo y pensó que aquello iba a ser lo peor, pero todo indicaba que estaba equivocado; lo peor apenas venía.



# Contrariado

2

Ahora, sentado en aquel sillón, sentía que lo que le deparaba la vida era demasiado incierto, y una parte de él dudaba de que su decisión fuera la mejor opción. Ni en sus más remotos sueños pensó que las cosas sucederían así.

Hacia menos de una hora que Marco y Dana habían salido de allí y la casa ya se sentía vacía. ¿Cómo era posible?

Lloraron mucho cuando les habló sobre su futuro, y ese día, aún más. Ellos sí confiaban en él; sabían que era lo mejor y así se lo dijeron. Carmen y Raúl, sus nuevos padres adoptivos, llegaron puntuales por ellos. Los chicos les brindaron la más grande de sus sonrisas y conversaron un rato en la sala. Sebastián metió en el auto, con la ayuda del conserje del apartamento, las pocas cosas que recuperó del orfanato.

Isabella se instaló en la recámara de servicio. Esa no era la intención de Sebastián; sin embargo, sabía que lo hacía para que se sintiera miserable con su decisión, así que no dijo nada y le permitió hacer lo que mejor consideraba para su humor en ese momento.

Cuando estaba a punto de irse la nueva familia, Isabella salió como un rayo y abrazó a los dos chicos como una madre a la que le quitan sus hijos. El hombre observó la escena. Sabía que algo así sucedería; el enojo de la joven no podía llegar hasta el extremo de dejarlos ir sin despedirse.

Carmen y Raúl entendieron enseguida lo que pasaba: ella debía ser la hermana mayor que estaba renuente a separarse de esos dulces pequeños. Sebastián se acercó a la pareja, contrariado.

—Lo siento. Todavía está molesta conmigo por lo que hice, por eso no había salido de su habitación, pero estará bien. Yo me encargaré de que esté bien —aquello último lo dijo más para sí que para ellos.

—No me los imaginaba de esa manera; la verdad, se ven muy unidos. Jamás van a dejar de estar juntos, lo prometo. Ella podrá venir todas las veces que quiera. Entiendo muy bien la sensación de perder a alguien que amas —Carmen respondió sin dejar de observar a las tres personitas que lloraban y se abrazaban.

—Gracias, Carmen. Sé que así será, y fue por eso que pensé en ustedes —la mujer lo miró al percibir una nota de duda y tristeza en su voz.

—Tú también estás invitado a visitarnos cuando lo desees. Sabes que te queremos, hijo —lo abrazó fuertemente—. Estás haciendo lo correcto, de verdad; créeme, estos tres chicos algún día lo entenderán. No eres un cobarde por no quedarte con ellos; sabes tus limitantes y eso habla muy bien de ti —continuó hablando tan bajito que solo él pudo escucharla. Le dio un beso en la mejilla y se separó, tomándole ahora las manos—. Tú cumple con tu parte y cuida lo mejor que puedas a esa chica. Aunque ahora que la veo, no sé si será buena idea que se quede contigo. No será sencillo; eso sin contar que es... muy hermosa —Sebastián asintió, turbado. Era justo la duda que aún rondaba en su cabeza. Desde el día en que la conoció, no supo si lograría mantenerla cerca de él sin que algo sucediera. Ella poseía una presencia enigmática y algo que lo idiotizaba. Sin embargo, una cosa sí se podía jurar a sí mismo: nunca la

dejaría sola.

—No te preocupes, Carmen. Sabré sobrellevar las cosas, créeme —la mujer rio al escucharlo tratando de convencerse.

—Lo harás, Sebastián, sé que lo harás. Porque te diré un secreto, hijo: en la vida nada es coincidencia, todo pasa por algo... Es nuestra tarea encontrar el porqué —él sonrió sin comprender a qué venían esas palabras, más aún proviniendo de alguien que había sufrido pérdidas como las suyas. De momento no le dio mucha importancia; sabía que una batalla se avecinaba.

La hermana mayor se acercó a Raúl, desconsolada, al mismo tiempo que se secaba las lágrimas. La observó serio, un tanto culpable.

—Soy Isabella, la hermana de Marco y Dana —extendió la mano presentándose. Carmen y Sebastián contemplaron la escena en silencio.

—Me lo imaginé, Isabella. Yo soy Raúl, y ella es mi esposa Carmen —Isabella giró lentamente sus grandes ojos enrojecidos hacia la mujer, quien la observó detenidamente. Sebastián se dio cuenta de cómo Carmen se quedaba sin habla a causa de esos estanques maravillosos. Al terminar de estudiarla, le tendió la mano en señal de aprobación. La mujer mayor la sujetó rápidamente y la rodeó con las manos.

—Es un placer, Isabella —la chica dibujó una media sonrisa.

—Sebastián ya te dijo que puedes ir cuando quieras. Te juro que no miento, Dios sabe que es verdad. Tú siempre serás bienvenida.

—Gracias, señora —la nueva madre de sus hermanos le dio unas palmaditas con ternura.

—Llámame Carmen, Isabella. Vamos a evitar los formalismos de todo tipo para que las cosas fluyan para ti y para nosotros, ¿estás de acuerdo? —el rubor alcanzó el rostro de la muchacha. Al parecer se le habían acabado las armas para una guerra que ella sentía que debía pelear.

—Sí..., Carmen —de pronto la incredulidad la embargó y la miró intensamente—. ¿Es verdad? —la mujer no entendió a qué se refería—. ¿Es verdad todo lo que dice? ¿Me va a dejar estar cerca de ellos? ¿Los voy a poder ver así..., sin más, cuando yo quiera? —la señora la abrazó en ese instante, derrumbando todas las defensas y dudas de la muchacha. Le dio un beso en la base de la cabeza, sobre sus grandes rizos oscuros; después la separó un poco de ella y acunó su barbilla.

—Eso... jamás lo dudes. Voy a necesitar toda tu ayuda para poder terminar de educarlos, y para eso necesito que estés muy cerca, Isabella. Cuento con eso —la voz de la señora fue cariñosa y firme. Isabella solo pudo asentir; sabía que si hablaba, lloraría desbordada.

Los chicos se fueron, y en cuanto dejó de verlos, corrió por los apartamentos, sollozando.

Sebastián caminó lentamente, siguiéndola. Al entrar, se sentó en el sofá y observó, con la mirada perdida, el lugar donde se refugió. Quería ir a verla y consolarla, pero por las palabras que intercambiaron un momento atrás entendió que debía darle su espacio, por lo que decidió ir a su recámara y dejarla sola. Fue derecho al baño, abrió el grifo, tomó un poco de agua con las manos y se lavó el rostro. Observó en el espejo la imagen que reflejaba. No la reconoció, pues algo había cambiado en él. Prestó atención a cada una de sus facciones. Sabía que todo estaba igual: poseía ojos verdes grandes, boca delineada, nariz un tanto tosca que hacía juego con su quijada cuadrada, su cabello

castaño claro caía en capas por sus orejas, no tan corto; en conjunto, alguien que no tenía por qué quejarse. Lo cierto era que jamás, en sus treinta y un años, se había mirado realmente. Quien lo viera pensaría sin dudar que era un hombre que lo tenía todo, incluso más de lo que merecía, y hasta hace casi dos semanas así mismo él lo intentaba creer.

Pero en ese momento... todo ya era diferente. Se daba cuenta de que la vida que había llevado últimamente estaba vacía y que la intentó llenar desesperadamente con viajes, mujeres, más dinero, negocios y fiestas. Ahora, solo de pensar en la joven que se encontraba en la habitación a un costado de la cocina, sentía que le hervía la sangre; era como si todo cobrara otro color, otro matiz, otro sentido. Sin embargo, no era para él. Uno de los motivos era que lo odiaba y seguramente muy pronto desaparecería de su vida. El solo hecho de pensarlo lo sumergió en mundo lúgubre que no le agradó en lo absoluto.

Agachó la cabeza y pasó sus manos por el cabello. ¿Qué debía hacer? La respuesta llegó sin más: ayudarla, eso era todo. Debía pensar en lo mejor para ella, no en lo que él deseaba. Tenía que ser fuerte y lograr que valiera la pena su idea; era el único acto noble que había hecho en su vida y lo iba a hacer bien.

Regresó a su recámara, prendió su ordenador y se dispuso a trabajar. Era domingo, pero no tenía ni la menor intención de salir. Apagó su celular, y como muy poca gente sabía el teléfono del departamento, no sonó toda la tarde. En cuanto comenzó con las cuestiones de la empresa, el tiempo comenzó a volar y logró evadir lo evidente, fingiendo no ser consciente de lo que en su interior ocurría. Se avecinaba una fuerte marea sin precedentes, y era mejor no darle importancia o le permitiría hacer de él lo que quisiera.

Anocheció cuando escuchó ruido a lo lejos, en la cocina; era Isabella. Exhaló un suspiro, al tiempo que se frotaba el rostro. Debían hablar.

Salió sigilosamente, tratando de agudizar el oído y escuchar de nuevo algún indicio de que ella siguiera ahí. Escuchó el sonido del agua correr por el fregadero y, sin pensarlo, ya estaba recargado en el marco de la puerta de la cocina con los brazos cruzados, observándola. Era tan pequeña, tan ágil, tan... hermosa.

La joven parecía concentrada en lavar unos pocos platos y vasos. En la barra de la cocina se encontraba un sándwich y, al lado, un vaso con leche. Eso debía de ser para él, puesto que era lo que ella vio cenar los últimos días. Cuando terminó de lavar, se giró sin molestarse en mirarlo, limpió las cubiertas, lavó de nuevo el trapo, lo exprimió, lo puso sobre el fregadero e intentó salir de ahí, ignorándolo en todo el proceso. Sebastián casi se rio al notar su actitud, así que no se movió ni un centímetro de la puerta, y como era un hombre relativamente grande y alto, obstruía prácticamente toda

l a s a l i d a .  
—¿Me dejas pasar? —pidió sin levantar la mirada. No era una pregunta, sino una orden, aunque era evidente que buscó disfrazarla. Dios, ¡se veía tan linda enojada!

—No, antes tenemos que hablar —expresó en un tono tranquilo y dulce.

—No quiero —intentó dar otro paso hacia la salida; lo último que deseaba era escucharlo. Al percatarse de que él no se movía, lo encaró sin remedio. Sus ojos lucían cansados y enrojecidos, como si hubiese estado llorando toda la tarde; aun así, continuó firme.

—Es una pena, pero debemos hablar, Isabella.

—No veo de qué tenemos que «hablar», Sebastián —expresó curvando la boca con

desprecio.

—Siéntate, por favor —exigió con dureza, señalando uno de los bancos. Isabella comprendió que no tenía otra opción y se acomodó a regañadientes. Sebastián no se movió del marco—. Isabella, imagino que pronto regresarás a la universidad, ¿no es así? —inquirió.

—Sí —respondió de manera escueta, mirándolo fijamente. ¿Por qué la hacía perder el tiempo? Lo único que deseaba era darle un buen puntapié e irse, pero como no podía hacer ninguna de las dos cosas se limitó a mostrarle su rencor con los ojos.

—Y sabes moverte por aquí, digo... ¿sabes llegar? —parecía preocupado. La joven casi suelta una carcajada. No era ninguna estúpida.

—Por supuesto que sé. ¿Todavía no entiendes que me crie prácticamente en la calle? —se rio, burlándose abiertamente.

—Cierto, y dime... ¿tienes dinero para hacerlo? —ahora fue él quien sintió unas ganas terribles de burlarse al ver su desconcierto, pero no lo hizo; deseaba que llegaran a acuerdos. Aun así, qué divertido era ver que no había pensado en eso.

—N-no.

—Bien —sacó en ese instante dos billetes de alta denominación y se los tendió. Isabella ya iba a chistar, pero él se lo impidió—. Tómalo como una paga de los días que me has ayudado con la casa. Tenemos que hablar de lo que quieres ganar durante el tiempo que trabajes aquí para mí, además de... otras cosas —Isabella puso cara de fastidio.

—Págame lo que prefieras, eso me da igual. Y no sé de qué otras cosas podemos hablar tú y yo que no sea de cómo te guste que tenga tu casa —refutó con sarcasmo.

«Dios, sí que es difícil esta niña», pensó entre divertido y exasperado; esas no eran las reacciones que él solía despertar en el sexo opuesto y le parecía refrescante ver la indiferencia de ella. Respiró profunda y tranquilamente haciendo acopio de su paciencia.

—Si tu paga te da igual está bien, yo lo decidiré. Las «otras cosas» —la imitó— son las reglas y horarios. ¿Vas por la mañana o por la tarde a tus clases?

—Por la mañana —refunfuñó.

—Bien, entonces por las tardes trabajarás en la casa y harás tus deberes. En los fines de semana las salidas no se pueden extender a más de medianoche, ¿estamos? —ordenó firmemente. Isabella, por primera vez en varios días, sonreía. «Cínica», pensó el hombre intrigado por todas sus reacciones. En serio, sería difícil lidiar con ese carácter.

—Como quieras, eso también me da igual. ¿Algo más, «jefe»? —respondió descaradamente.

¡Argh! De verdad deseaba sacudirla.

—Me parece que por ahora eso es todo. Conforme vayan sucediendo las cosas las iremos hablando.

—Muy bien —se levantó de la silla, acercándose de nuevo a la puerta, pero Sebastián continuó ahí parado. Isabella lo miró fastidiada. Ese hombre la exasperaba.

—¿Ahora qué? —la tomó suavemente por los hombros.

—¿Estás mejor? —la furia regresó al rostro de la chica. Lo hizo a un lado bruscamente y salió indignada. ¡Qué diablos le importaba!

Las semanas comenzaron a pasar. La rutina empezó a hacerse cada vez más clara: Isabella se levantaba muy temprano, iba a la universidad, regresaba a mediodía, comía y hacía las labores de la casa; por último, dejaba la cena hecha para Sebastián y se encerraba en su pequeña recámara a estudiar y hacer sus responsabilidades escolares.

Ellos coincidían muy poco, o por lo menos eso era lo que ella intentaba. Sin embargo, cuando llegaba el fin de semana, la situación era diferente: se veían más, aunque Isabella siempre procuraba estar lo más lejos posible de ese hombre que, de alguna forma, con el paso de los días, comenzó a inquietarla de una forma que no le agradaba y había puesto patas arriba su mundo en muy poco tiempo. La joven aprovechaba para ir a visitar a sus hermanos los sábados y domingos, por supuesto, siempre manteniendo a Sebastián al tanto de su ubicación mediante notas en la cocina. Con el paso del tiempo, fue creando un fuerte lazo con Carmen, la madre de sus hermanos. Tenía en cuenta todos sus consejos, cosa que la hacía sentir importante y aún partícipe de sus vidas. A pesar de estar separados de ella, Marco y Dana se veían felices y sanos. Jamás pensó que eso pudiera ser posible; incluso había veces que sentía un pequeño dolor al saber que estaban mejor sin estar juntos.

Para Sebastián, la situación era distinta: su casa se convirtió en un lugar al cual quería llegar todos los días. Isabella no le hablaba salvo para lo indispensable, pero durante lo poco que podía verla, disfrutaba con la visión. No paraba en todo el día; era demasiado meticulosa y perfeccionista en todo lo que hacía. Cada noche se daba prisa por llegar para alcanzarla, porque una vez que se encerraba en su cuarto, ya no salía de ahí hasta el día siguiente.

Pasaron más de tres meses y las cosas iban bien, pero ellos prácticamente no se dirigían la palabra. Era domingo, casi al anochecer, cuando sonó su móvil. Frunció el ceño y dejó de lado el libro que leía.

—Hola, Carmen, qué milagro. ¿Cómo están? ¿Cómo va todo?

—De maravilla, Sebastián, todo marcha mejor de lo que pensamos. Marco y Dana son unos chicos especiales. Todos nos hemos adaptado muy bien a esta nueva vida.

—Me alegro.

—Sebastián, siento entrometerme, pero alguien debe hacerlo, y además de hablarte para recriminarte que no vienes a visitarnos últimamente, necesito comentarte algo...

—Sebastián se puso en alerta enseguida. Sabía que era algo referente a Bella, que era así cómo la nombraba en sus pensamientos.

—¿Qué pasa, Carmen? —quiso saber, inquieto.

—No te alteres... Es solo que últimamente, cuando viene Isabella, no la veo bien. Me parece que está un poco... débil. Se presiona mucho, va de maravilla en la universidad, ¿lo sabes? Y me da la impresión de que está descuidando su salud. No sé..., creo que algo no anda bien.

—No me había fijado, Carmen. ¿Crees que está haciendo algo? O...

—No, no pienses mal. Estos niños han vivido con lo mínimo por mucho tiempo, con muchas carencias y en situaciones que no podemos imaginar. Sé que ella se llevó la peor parte de esto, los chicos me lo cuentan. Cuando llegaron conmigo, enseguida les hice estudios de todo, y bueno..., gracias a Dios, salieron bien; niveles bajos en algunas cosas, pero bien. A Isabella le he insistido en que se los haga, y por una u otra razón no lo ha hecho. Sebastián, llévala a que la examinen... aunque no quiera —arrugó la frente,

confuso y desconcertado.

Sebastián no había pensado en todo eso. Ciertamente era delgada, pero no se pensó jamás el porqué, y al verla cada día, lo poco que podía, lo único en lo que se fijaba era en sus hermosos y gigantes ojos aceituna.

—Sí, lo haré. Lo prometo, Carmen —claro que lo haría; ella debía estar bien.

—Su relación no es buena, ¿cierto? Pensé que con el tiempo mejoraría.

—Yo también, pero ya ves. De todas formas, voy a hacer lo que tú dices.

—No te preocupes, Sebastián, poco a poco cederá. Conmigo es un dulce. No sabes todo lo que me ha ayudado con los niños, y también es muy inteligente.

—Lo sé, Carmen. En fin..., lo que me reconforta es que hemos hecho lo correcto, aunque todavía no lo quiera aceptar.

—Así es, hijo, de eso estoy segura. Ahora te dejo, ya sabes..., labores de madre. Debo acostar a Dana. Raúl ya la lleva para allá.

—Gracias, Carmen, y saludos a todos. Prometo que pronto pasaré a verlos.

—Eso espero. Cuídate.

Cuando Isabella llegó, Sebastián la esperaba en la sala, aún pensativo. La joven, al darse cuenta de que estaba ahí, sintió que se le doblaban las piernas. Lo veía poco e intentaba huir de él todo el tiempo porque cuando lo tenía cerca se sentía así: abrumada, acalorada. No, esas reacciones no le gustaban; de hecho, la asustaban.

—Buenas noches —logró decir con indiferencia.

—Hola —contestó él, serio—. ¿Cómo te fue? —hacía mucho tiempo que no conversaban. De inmediato, las palmas de las manos le comenzaron a sudar. Se sentía una niña boba junto a él. Además, por si fuera poco, la miraba como si la estuviera evaluando, y eso la puso aún peor.

—Bien, pero estoy muy cansada. Buenas noches.

Y de verdad se veía exhausta; traía unas pequeñas líneas rojas debajo de cada ojo, y sus pómulos lucían notoriamente más marcados que la última vez que la pudo ver con atención. Antes de que ella se pudiera marchar, se levantó, la tomó por los hombros y buscó su mirada.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálida —su contacto la quemó; la electricidad viajó por todo su cuerpo, y eso la angustió. Por instinto y... miedo, se zafó, alterada. No le gustaba sentir todo eso por nadie, y menos por él.

—Sí, me siento bien. Buenas noches —y salió prácticamente corriendo de ahí.

Carmen tenía razón: no se veía bien. Incluso cuando la tomó por los hombros pudo sentir su fragilidad y algo más... Sintió una corriente eléctrica por todo su ser y un calor muy especial. Cuando notó por dónde iban sus pensamientos, sacudió la cabeza para espabilarse y pensar con frialdad. Decidió en ese mismo momento que la llevaría al médico, aunque fuera a la fuerza.

Cuando despertó al día siguiente, listo para irse, fue directo a la cocina. Enseguida se dio cuenta de que ya se había ido. Decidió que esa tarde se pasaría antes de comer para que la examinaran, le gustase o no.

Isabella no se sentía con mucha energía, pero eso ya era habitual en ella. Hacía muchas cosas y apenas comía; sin embargo, precisamente esa mañana se levantó con mucha dificultad y con la sensación de que sus fuerzas la abandonarían en cualquier momento. No obstante, logró terminar las clases del día y llegar al apartamento. Tenía que hacer la limpieza, y además un profesor tirano había pedido un trabajo larguísimo

que debía comenzar de una vez si quería entregarlo a tiempo. Sintió que no podría terminar el día que aún se extendía ante ella.

Comenzó a lavar los pocos platos que había con extrema lentitud cuando, sin más, comenzó a sentir un sudor frío que le recorría todo el cuerpo. De pronto esa desagradable sensación le llegó a la nuca, logrando que se le nublase la vista. Escuchó a lo lejos un vaso romperse y ya no supo nada más. Se encontraba inmersa en un agujero negro del que no tenía siquiera fuerzas para retornar.

# Las cosas cambiaron

3

Sebastián llegó a la hora prevista, pensando que si la invitaba a comer, aceptaría de mejor agrado ir al médico.

—Bella —la llamó al ingresar. Nadie contestó. «Qué raro, ahí están sus llaves», notó alzando una ceja. Dejó sus cosas en la entrada y caminó buscándola—. Isabella, por favor, necesito hablar contigo —nada, nadie respondía. Entró a la cocina, intrigado. Seguramente no deseaba hablar con él; siempre le huía. El grifo estaba abierto y agua se iba por el drenaje sin más. Bajó la mirada y la vio: estaba en el piso inconsciente y sangraba de una mano. Había vidrio por todo el lugar—. ¡Isabella! —la sangre se le fue del cuerpo. Se acercó rápidamente, la levantó sin la menor dificultad, llevándola de inmediato al sofá. No pesaba nada y su cuerpo estaba completamente laxo.

—¡Isabella! Bella, contesta, despierta... Por favor, no me hagas esto —le rogó dándole pequeñas palmadas en el rostro con la esperanza de que respondiera, pero estaba muy pálida y no volvía en sí. Tomó su móvil desesperado y le habló a Paco; este le dijo que lo veía en el hospital, así que, sin perder tiempo, la tomó entre sus brazos y salió corriendo de ahí muy preocupado. Demasiado, a decir verdad.

§

—¿Qué tiene? ¿Ya reaccionó? ¿Qué le pasó?

—Tranquilízate, Sebastián. Nunca te había visto así...

—¿Qué tiene? —se sentía más asustado de lo que jamás había estado. Las últimas horas fueron una tortura. ¿Cómo mierda se podía tranquilizar?

—Ya volvió en sí, pero está durmiendo. Su presión estaba muy baja; no entiendo cómo pudo siquiera despertar por la mañana... En fin, le estamos haciendo estudios para ver qué es lo que le sucede. Sin embargo, te adelanto que, por su peso y las marcas bajo sus ojos, no se ha alimentado bien, y ambos sabemos que no es solo desde que está contigo —Sebastián asintió expectante—. Sebastián, la desnutrición o falta de ciertos alimentos y vitaminas generalmente traen secuelas, en ciertas ocasiones, muy graves —explicó. El aludido pestañeó contrariado.

—¿A qué te refieres? ¿De qué tipo? —Paco se sentó y lo invitó a hacerlo.

—Pueden ser tantas como te las imagines. Es una desgracia que los niños de este mundo tengan que vivir en estas condiciones, pero aún desconozco cuáles son las de Isabella. Debemos esperar a que salgan los resultados, ¿de acuerdo?

—Y su mano ¿cómo está? ¿Se lastimó mucho? —Paco sonrió negando. En toda su vida nunca lo vio así de preocupado por la salud de alguien.

—No te preocupes. No fue grave, va a quedar perfectamente, pero me intrigas. ¿Qué pasa, Sebastián? Jamás te comportas así. Has pasado por muchas cosas y me parece que es la primera vez que reaccionas de este modo ante una situación. Desde que estos chicos entraron en tu vida, algo te sucedió, ya no eres el mismo. Además..., me di cuenta de cómo miraste a la muchacha desde el primer día.



—¡Estás demente, Paco! Ella está a mi cargo, es lógico que esté preocupado —el susodicho sonrió con incredulidad.

—Si tú lo dices... —evitó reírse en su cara. Sebastián tenía poca paciencia y un temperamento de mil demonios.

—¡Sí! Yo lo digo, y ahora, por favor, ve a hacer tu trabajo y dime qué tiene Bella de una maldita vez o voy a tener que buscar a alguien más competente y menos entrometido —Paco asintió divertido. Ese apodo cariñoso que empleó para referirse a la chica no le pasó desapercibido. Sin embargo, no dijo nada.

Al quedarse solo se perdió en sus pensamientos: ¿qué le ocurría? ¿Por qué sentía esa aprensión en el pecho? Ese miedo solo lo sintió hace muchos años, cuando sucedió el accidente en el que sus padres partieron para siempre.

Su móvil sonó y lo sacó de sus dolorosos recuerdos.

—Carmen —saludó aliviado al ver quién era.

—Sebastián, ¡hola! —sin perder el tiempo le narró todo, por lo que la mujer fue enseguida al hospital.

Los resultados estaban tardando más de lo pensado e Isabella todavía no había despertado.

—Ya los tengo, pasen al consultorio —Sebastián se encontraba ansioso. Carmen lo tomó de la mano al notarlo; también estaba preocupada—. Tomen asiento. Bien, a Isabella le encontramos algunas deficiencias, pero son curables y remediables con una buena alimentación, descanso y cuidados. Ella va a estar bien, aunque siempre va a tener que vigilarse y no excederse —Sebastián lo miraba impaciente. ¡Eso no le decía ni un carajo!—. Lo que tiene es anemia por deficiencia de folato. Esto quiere decir que le falta sobre todo la vitamina B y potasio. Presentó también deficiencia en calcio, por lo que si no se cuida, pronto podrá tener problemas con los huesos; debido a todo esto, es fácil que al no tomar las medidas necesarias se debilite, se desmaye, se maree o incluso que enferme sin razón alguna. Digamos que por ahora sus defensas son algo pobres.

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó Carmen mientras a su lado el hombre tenía el rostro tenso por la noticia y solo escuchaba.

—No se preocupen, ella va a estar perfectamente. Le recetaré una dieta bien balanceada y dotada en extremo de vitaminas y nutrientes, además de complementos que deberá ingerir a diario. Por un rato, tenemos que evitar que se fatigue excesivamente y se exija más de lo que puede. Tendrá que tomar ciertos minutos de sol al día para fijar el calcio, y hacerse exámenes de sangre periódicamente para ver cómo van sus glóbulos. Es importante saber que si hacen todo lo que les indique, les prometo que esto va a pasar sin problema —a Sebastián le regresó el alma al cuerpo; ella iba a estar bien y él iba a hacer todo lo posible para que así fuera.

—Gracias por todo, Paco. ¿Podemos verla?

—Sí, pero si está dormida, no la despierten. Necesita descansar mucho.

Sebastián entró primero. La joven se encontraba en el centro de la cama menos pálida que horas atrás cuando la llevó, y parecía tranquila con sus ojos cerrados. Aún enferma, era muy hermosa: su cabello largo, casi tan oscuro como la noche; su cuerpo pequeño, delicado; su boquita suave, y esa nariz femenina. De repente, sus parpados se abrieron y lo miró de una forma profunda, intensa. Podía jurar que nunca nadie lo había visto de ese modo. Se acercó lentamente, atraído por un imán de gran potencia.

—Hola, Bella —murmuró sin detenerse. Ella sonrió débilmente. Sentía que un auto había pasado sobre su cuerpo; qué difícil y cansado era mover hasta un dedo. Sin embargo, no se quejó. Odiaba hacerlo.

—Hola —él, sin poder evitarlo, tomó con cuidado su mano delgada. Enseguida retornó esa descarga eléctrica que ya comenzaba a ser tan familiar.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, solo un poco agotada. ¿Qué pasó? No recuerdo casi nada —Sebastián se acomodó en un hueco de la cama, a su lado, y le narró lo ocurrido—. Lamento mucho haberte asustado de esa forma —se disculpó ruborizada, desviando la mirada, nerviosa. El hombre acunó su barbilla delicadamente, por lo que sin remedio lo encaró avergonzada.

—No digas eso, Bella. Ya pasó, y tú vas a estar bien. Sin embargo, señorita, harás todo lo que Paco te diga, ¿de acuerdo? —su voz era aterciopelada, tierna. Sin comprender por qué, de repente se sintió más ligera a su lado, menos ansiosa.

—Te lo prometo —se le escapó un pequeño bostezo sin poder evitarlo; el sueño comenzaba apoderarse de ella de nuevo, así que la dejó para que Carmen alcanzara a verla despierta.

Isabella durmió el resto de la tarde, así que Sebastián aprovechó para hacer todas las llamadas necesarias y así lograr lo que se proponía. Estaba decidido a hacer cualquier cosa para que ella estuviera bien y tuviera una vida feliz y normal. Por la noche, Paco lo convenció para que se fuera; ella no corría peligro, solo dormiría.

Al día siguiente, llegó algo agotado al hospital; estuvo yendo hasta muy tarde de aquí para allá, dándole forma a lo que se propuso, así que no descansó como solía. Isabella se encontraba desayunando cuando entró a la habitación. En cuanto la vio, su corazón se detuvo; esa mujer despertaba en él cosas desconocidas. Era como si una mano impregnada de magia entrara en su pecho y lo removiera de forma agradable pero firme.

—Te ves mucho mejor, Bella —ella sonrió tierna y claramente más relajada. Eso lo conmovió de una forma indescriptible; esa joven dulce y obstinada se estaba colando en su ser, eso era evidente.

—No puedo decir lo mismo de ti, luces cansado —al verla sonreír no pudo evitar perderse en sus ojos. Dios, ella lo hacía sentir... ¿pleno? En cuanto se percató de por dónde iban sus cavilaciones, rompió el silencio.

—Te traje una muda de ropa —le mostró una pequeña maleta que no reconoció como propia.

—No tenías por qué hacerlo —otra vez ese rubor. Maldición, esa mujer lo estaba desquiciando. Debía ir con cuidado...

—Así serán las cosas de ahora en adelante —anunció, intentando ocultar lo turbado que se sentía con tan solo un movimiento de sus ojos. Isabella arrugó la frente, intrigada y preocupada también, si era sincera.

—¿P-por q-qué?

Paco los interrumpió sin percatarse de nada. Parecía alegre.

—¿Ya estás lista para irte, Isabella? —ella asintió sonriendo, aunque aún estaba tensa—. Ahora sí, vamos a dar todas las indicaciones y decirte cómo debes cuidarte para que este episodio no se repita, ¿ok?

—Por aquí no se va a tu apartamento, Sebastián. ¿Adónde vamos? —deseó saber con voz temblorosa, insegura. Escuchar su tono cargado de inseguridad no le agradó en lo absoluto; le dolía pensar en todo lo que tuvo que haber pasado una criatura tan vivaz y hermosa como ella. Se preguntó si algún día lograría borrar todo lo vivido y confiaría en la gente. No tenía ni idea de todo lo que vivió, pero no era ingenuo y sabía bien cómo era el mundo, e Isabella tenía las cicatrices muy marcadas que le dejaron en su ser a pesar de ser tan joven.

—Ya verás, Bella —ella lo miró llena de temor. Sin embargo, decidió no cuestionar más. Ese gesto lo hizo sentir culpable por un momento, pero sabía que eso pasaría en un instante.

—¿Y esa casa? Es enorme... ¿Quién vive ahí? —se giró hacia él, llena de temor al pensar que la intentaría dejar ahí. No, no lo permitiría, ese no era el trato—. ¿Aquí me voy a quedar? —Sebastián estacionó el auto y la observó de una forma en la que nunca nadie lo había hecho. Sin pensarlo le quitó un rizo que atravesaba su frente.

—Sí, aquí te vas a quedar —las lágrimas amenazaban con salir de sus ojos. «Otra vez no, por favor», rogó Isabella—. ¡Eh! Esta también es mi casa, Bella, aquí es donde vivo desde ayer, y tú también lo harás —Isabella abrió los ojos con asombro. Eso no podía ser, ese lugar parecía más un palacio que una casa y... era suya. ¿Cómo?

—¿Tú casa?! —chilló un tanto histérica. Ese lugar era demasiado elegante, lleno de acabados lujosos. Podía albergar a una colonia entera, por no decir más.

—Sí, mía —su tono ronco la descolocó. Jamás olvidaría la manera en que lo dijo y la manera con que la miraba, pero decidió dejar a un lado ese pensamiento y concentrarse en lo que ocurría.

—N-no entiendo, Sebastián. ¿Por qué te mudaste tan de repente...? ¿Aquí trabajaré? ¿No es muy grande para tí? —En realidad eso no le importaba. Lo que realmente la intranquilizaba era lo lejos que estaba de la casa de sus hermanos y que no se veía transporte público por ahí. Él bajó del auto y le abrió la puerta cortésmente.

—Es muy sencillo, Bella. Este es el lugar donde vas a vivir de ahora en adelante, y las cosas van a cambiar para ti de una vez.

La chica aceptó la mano que él le ofrecía para salir del auto, pero la retiró enseguida al sentir la corriente. Frunció el ceño, pestañeando nuevamente, confundida. ¿Qué le ocurría con ese hombre?

—Pero ¿por qué vivir aquí...? ¿Qué va a cambiar? No comprendo. Estoy bien donde estaba antes; además, me queda lejos de mis hermanos. Podría buscar otro sitio, no soy tu responsabilidad —aquello último lo dijo casi en un susurro. Las palmas de las manos le sudaban, y no entendía la cabeza de ese hombre colosal que tenía frente a ella.

—No te preocupes por la distancia. Tendrás tu auto —Isabella lo observó como si hubiera perdido por completo la razón.

—¿Un auto? Sebastián, me estás asustando. No sé manejar y no pienso aceptarte algo tan costoso. En serio..., ¿a qué viene todo esto? —él sonrió, divertido, al percibir su confusión. De verdad no entendía nada, así que dejaría que lo fuese descubriendo.

—Pues si quieres ir a verlos tendrás que hacerlo, porque de aquí no saldrás con transporte público —le informó, encogiéndose de hombros al mismo tiempo que avanzaba hacia la entrada de la casa, esperando que ella lo siguiera. Isabella se sentía

perdida, a merced de un loco. «Muy hermoso, sí», debió admitir, «pero un loco, al fin y al cabo».

Al percatarse de que no avanzaba, él le extendió la mano y ella se la dio con cierta vacilación. Subieron unas escaleras y unas personas, empleados de la casa, supuso Isabella, iban y venían bajando cosas y acomodando. La joven admiró la casa sin poder esconder su impresión. La opulencia se encontraba en cada muro, en cada esquina; era realmente enorme e increíblemente hermosa. El recibidor era más grande que la casa donde vivió de niña. Sebastián, al observar su reacción, supo que esa mirada se le quedaría clavada en su ser para siempre.

Entraron y un hombre de estatura media, delgado y rondando los sesenta años, se les acercó con gesto sonriente pero formal. Vestía un pantalón negro y una camisa celeste; tenía el cabello ralo y con algunas canas. A Isabella le cayó bien de inmediato, aunque no entendía quién podría ser.

—Hola, Sebastián. Ella debe ser Isabella, ¿cierto? —la contempló sonriente.

—Así es.

—Bienvenida. Yo soy Ciro, el encargado de esta casa y de quienes la habitan — Isabella le tendió la mano, aún sin entender nada. ¿Un hombre a cargo de una casa? ¿Iba en serio?

—Él trabaja aquí desde que tengo memoria. Es de toda mi confianza, así que relájate —Sebastián hablaba sobre su oído, por lo que su aliento acarició sus mejillas, entibiándolas. Se estremeció por completo y solo consiguió sonreír como una tonta.

—Pero sígueme, Isabella. Te mostraré tu habitación, está en la planta alta —sin moverse, se giró hacia Sebastián, atónita.

—¿Mi recámara? ¿Arriba?

—Sí, Bella. Por favor, síguelo. En un rato hablamos todo lo que tú quieras; ahora debes descansar.

—Pero...

—Pero nada. Obedece, por favor, Bella. Ayer me diste un susto de muerte y aún no me he recuperado, así que sigue las instrucciones de Paco y a la cama —Bella asintió avergonzada y muy desconcertada. Ciro y ella cruzaron la enorme estancia y llegaron a unas preciosas escaleras de cantera, subieron al segundo piso y siguió al amable hombre hasta llegar a la que sería su habitación. Tragó saliva mientras cruzaba el umbral. Ciro le mostró el lugar con una sonrisa agradable. Al terminar, la dejó sola para que descansara.

Se sentó en la gran cama sin entender aún. ¿Acaso Sebastián pensaba que viviría ahí? Claro que no; trabajar para comer y estudiar era una cosa, pero ser una mantenida, nunca ocurriría. Se dejó caer sobre la cama mirando el techo, asustada. Esa casa era de proporciones estratosféricas. ¿Qué pretendía Sebastián llevándola ahí? Se acurrucó intentando pensar qué debía hacer, pero de repente fue consciente de lo agotada que se encontraba, cerró los ojos sin poder evitarlo y se quedó profundamente dormida.

## \$

Sebastián esperaba su café en la cocina. Se sentía satisfecho. En esa casa creció, y desde que sus padres murieron, no había vuelto a ser ocupada. Sin embargo, la mantenía en perfecto estado, como cualquiera de sus propiedades. Nunca había corrido a nadie de la servidumbre, y Ciro administraba todo a la perfección, como lo hizo desde que era un

niño con pañales y su madre lo contrató al demostrar su eficiencia. Siempre descartó mudarse allí; ese lugar era muy grande y no se prestaba para su tipo de vida.

No obstante, llegó el momento. Ella necesitaba una vida tranquila y él se la iba a dar. El dinero daba todas esas posibilidades y a él le sobraba. En ese momento, tener tanto dinero cobró un significado diferente. Al volver a pensar en Bella, sintió de nuevo ese calor en su cuerpo. Sin poder evitarlo, su cabeza se llenó de imágenes de esa joven sonriendo, mirándolo con aquellos ojos colosales mientras le suplicaba que no se alejara, que entrelazara su mano con la suya y la besara. Ese pensamiento lo sorprendió y asustó al mismo tiempo. Deseaba a Bella, la deseaba más que a ninguna otra mujer en su vida. Sin embargo, eso era imposible; no se lo permitiría, no con ella. ¡Carajo! Sí que estaba en un delicioso y enorme lío.

Sacudió la cabeza como cada vez que caía en esas cavilaciones. ¿Cuánto tiempo hacía desde que no estaba con una mujer? ¿Desde cuándo no tocaba a nadie? La respuesta lo dejó peor: desde que ella apareció, desde ese momento, no volvió a sentir ganas de estar con otra que no fuese esa dulce joven de cabellos oscuros y grandes ojos.

—Veo que estás muy pensativo, muchacho —lo interrumpió Ciro con su tono relajado, muy característico en él—. Ahora, si tienes tiempo, me gustaría saber qué hay entre esa jovencita y tú —Sebastián sorbió un poco de su café recién servido, mirándolo incisivamente. El mayordomo no era un hombre que se inmiscuyese, al contrario. Sin embargo, siempre se preocupaba de alguna manera por él.

—Ya te he contado la historia de sus hermanos y ella. No hay nada más, Ciro —el encargado negó, sonriendo. Lo conocía desde que usaba pañales, así que ese chico no podía ocultarle nada. Había visto cómo la miraba, y había algo más..., mucho más.

—Sebastián, sé que no debo meterme donde no me llaman, pero tengo que decírtelo: ella... no es para ti. Ambos han llevado vidas muy diferentes, así que, si decides lo contrario, ten cuidado. Nada más.

—Simplemente deseo ayudarla.

—Solo recuerda que esa joven no ha tenido las mismas oportunidades que tú y puede confundir las cosas, no diré más.  
—Al escuchar sus palabras, se quedó en silencio, reflexionando. Eso era cierto.

Por la tarde, se encerró en el estudio y decidió ponerse a trabajar. Los negocios se manejaban solos, pero él mejor que nadie sabía que no debía desatenderlos. Ya había anochecido cuando tocaron la puerta. Sebastián estaba revisando unos papeles, así que no levantó la vista hasta que escuchó su voz.

—Hola, ¿estás muy ocupado? Puedo regresar en otro momento —la sangre le bombeó fuertemente por todo su cuerpo al escucharla.

—Espero hayas descansado, Bella. Siéntate —un hermoso rubor pintó de nuevo su rostro.

—Lamento venir tan tarde. No me di cuenta de la hora y...

—No te preocupes, eso es lo que debes hacer: descansar para recuperarte.

—Sebastián, ¿podríamos hablar? —con esos ojos, ¿cómo podría negarle algo? Simplemente, era imposible.

—Dime —se intentó acomodar en la silla. A Isabella cada vez la ponía más nerviosa su cercanía. Sebastián tenía un cabello que la fascinaba, unos ojos duros que lograban desconcertarla, y emanaba una masculinidad que la hipnotizaba. Ese hombre la atraía

como las abejas a la miel, y eso no estaba bien.

—B-bueno..., lo que pasa..., quiero decir... —él sonrió, deleitado al verla tartamudear. Rodeó la mesa para sentarse a su lado, mirándola con ternura.

—¿Sí, Bella? —la alentó. La joven no resistió tenerlo tan próximo y se levantó para tomar grandes bocanadas de aire.

—Sebastián, no puedo aceptar todo esto. Te juro que no es necesario —él la observó moverse y solo pudo admirarla. Se veía especialmente perfecta con ese vestido azul cielo; la tela se adhería a su esbelto y pequeño cuerpo de una forma discreta y provocadora a la vez. El deseo lo atravesó sin aviso; sin embargo, se obligó a concentrarse en lo que le acababa de decir.

—¿A qué te refieres, Isabella?

—A todo esto. Yo te agradezco lo que has hecho, e incluso he alcanzado a entender lo de Marco y Dana y sé que ha sido lo mejor, aunque aún me duela mucho, pero no puedo aceptar que te mudes de casa, que me compres un auto y que pretendas que esté aquí sin hacer nada. Eso es imposible, no puedo. Lo siento, de verdad lo siento. Ya soy mayor, y creo que lo mejor será que intente hacer mi vida, y bueno..., prometo no intervenir en lo de mis hermanos, créeme —sus enormes ojos suplicaban y él le hubiera concedido cualquier cosa con esa mirada, pero eso no. ¿Realmente creía que la dejaría ir? Imposible. Palmeó el lugar en la otra silla.

—Ven, siéntate —ella dudó, pero al final cedió, presa de sus movimientos fuertes, imposiblemente atractivos—. Isabella, tú no te puedes ir. Estás delicada por la mala alimentación que has llevado y hay cosas que no están bien en tu organismo por ahora, así que no voy a permitir que pongas un solo pie fuera de esta casa hasta que no estés completamente sana.

—Pero...

—Nada de peros, Bella. La vida va a cambiar para ti, ¿por qué te niegas? ¿Por qué no lo aceptas? —la joven bajó la mirada, turbada.

—Porque nadie hace nada por nada —expresó con un hilo de voz. Sebastián sintió hervir la sangre al entender el significado de esas palabras y la resistencia que ponía. Con dos dedos le hizo levantar el rostro.

—¿A qué te refieres con eso, Isabella? —se zafó, volviéndose a levantar, nerviosa.

—A nada, pero así es. Bueno, tú no has sido así, pero... —él no dudó y fue directo hasta ella, la tomó por los hombros, ansioso y repentinamente rabioso.

—Mírame, por favor, Bella —así lo hizo ella—. ¿Qué ocurrió? ¿Alguien te hizo daño?

—No. Nunca me ha pasado nada de lo que estás pensando, Sebastián, nada que no pudiera manejar o de lo que no pudiera huir, pero... Bueno, sé que así es, aunque nunca estuve tan desesperada —Sebastián sintió un gran alivio al escucharla; una experiencia como esas dejaba muchos traumas difíciles de superar. Esa mujer le iba a dar muchas sorpresas, estaba seguro de ello. Aun así, siguió con su plan.

—Isabella, en su mayoría, el mundo es así, pero como en todo, hay excepciones. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Sebastián la tomó de la mano y la guio nuevamente a la silla.

—Vamos a hacer algo: tú te vas a cuidar, vas a hacer todo lo que Paco diga, estudiarás y terminarás esa carrera, irás a ver a tus hermanos y ellos vendrán cada vez que quieran. En cuanto se pueda y todo esté en orden, buscaremos un trabajo para ti. ¿Te parece? —Isabella seguía sin estar muy convencida.

—Es que... Sebastián, no es justo para ti, no tienes por qué hacerlo. Creo que ya te he dado suficientes dolores de cabeza desde que entré a tu vida. Estaré bien; no interferiré en nada, ya te debo bastante.

—Isabella, desde que tú y tus hermanos se cruzaron en mi camino, estoy convencido de que fue por algo. Yo estaba solo y con dinero, y ustedes juntos y sin recursos. Así es la vida, Bella, no te resistas —argumentó, haciéndola ver lo simple que era todo. Pestañeó conmovida y aún renuente.

—No puedo aceptarlo —logró decir con menos convicción. Él lo notó; ganaría la batalla.

—¿Por qué eres tan testaruda? No niegues las oportunidades, Bella, aprovéchalas. Además, debes saber que soy más terco que tú —eso último la hizo sonreír; ya lo había notado. Ese simple gesto lo dejó sin aliento.

—Dios..., de acuerdo —soltó al fin—, pero con la condición de que te lo voy a pagar todo cuando pueda, ¿sí? —él torció el gesto. Sin embargo, esa linda chica le suplicaba con la mirada que aceptara, por lo que asintió.

—Si eso quieres... —ella le sonrió de nuevo dulcemente. Maldición, si seguía haciéndolo nada le acabaría importando y la besaría de una buena vez. Sus labios parecían alas de mariposa listas para revolotear sobre su piel.

—Sí, eso quiero; es la única forma de que acepte esto y..., de verdad, Sebastián..., gracias por todo. Eres un hombre muy bueno —ese comentario apagó enseguida el fuego que comenzaba a consumirlo. Isabella lo tomaba por bueno, y no la decepcionaría.

El hombre fue a su escritorio y buscó algo entre sus papeles. Tomó un sobre blanco y se lo entregó.

—Esto es una tarjeta. En ella depositaré cada mes una cantidad de dinero para tus gastos, ¿de acuerdo? —la joven lo miró atónita y negó, intentando regresárselo. Eso ya era un exceso.

—No, esto es mucho. No hace falta.

—¿En qué quedamos, Bella? Otra cosa: para mañana ya tendrás el chofer que te va a llevar a la universidad mientras aprendes a conducir y te vas sola.

—¿¿Qué?! ¿¿Un chofer?! —chilló incrédula. Sebastián se sentía complacido con sus reacciones; realmente, estaba perpleja.

—Sí, un chofer. El transporte público no pasa en este fraccionamiento; la mayoría de las personas de servicio duermen aquí y en su día de salida las sacamos en auto —ella soltó una carcajada. Escucharla fue algo refrescante para él, algo nuevo. Era la primera vez que la veía reír de esa manera; sin embargo, no entendió la reacción.

—¿Qué es tan divertido, Bella?

—Yo..., bueno, lo siento. Es solo que me voy a sentir ridícula —se puso seria de inmediato y bajó la vista hasta verse las manos que mantenía fuertemente entrelazadas—. Pero..., gracias de todas formas, Sebastián —él asintió, conmovido. La chica bostezó discretamente, pero no lo suficiente como para que él no se percatara.

—Me parece que es hora de que regreses a descansar. Esto ya está hablado, ¿sí?

—Dios..., creo que sí. No entiendo aún por qué lo haces, pero gracias. Creo que nunca terminaré de dártelas.

—No hace falta que lo hagas; quiero hacerlo, es lo único que debes saber.

—Buenas noches —logró decir nerviosa. Sebastián la estaba mirando de una forma

que la hacía sentir como si pudiera caminar sobre clavos ardientes si él se lo pedía. Salió a toda prisa de ahí.



# Ser etéreo

4

Al día siguiente de aquella conversación, Sebastián tuvo que salir de viaje. Dejó todas las instrucciones a Ciro y se despidió rápidamente de Bella.

El sol y la luna hicieron su trabajo y fueron pintando los días, marcando el inevitable paso del tiempo. Isabella cada vez se sentía y veía mejor, incluso pudo retomar sus estudios. Al regresar de clase, Ciro verificaba que comiera antes que nada. Después, realizaba sus deberes concentrada, bajaba a tomar el sol los diez minutos que le recomendaron y el chofer le daba clases de manejo durante aproximadamente media hora diaria. Para cuando anochecía, ya estaba agotada. Ingería lo que le obligaban cenar y enseguida se quedaba inmersa en sus sueños. Sus días pasaban deprisa, y cada vez tenía más energía.

Sebastián ya llevaba dos semanas fuera. Bella no tenía idea de la cantidad de negocios y dinero que él poseía, pero comenzaba a sospechar que no era poco, ya que trabajaba muchísimo y viajaba por todo el mundo, según le había comentado Carmen en alguna de sus visitas. Él no hablaba con ella prácticamente, pero sí lo hacía con el encargado de la casa; solía mandarle saludos. Aun así, cada día sentía más su ausencia.

¿Qué le estaba pasando? Sebastián era un gran hombre, pero no debía confundirse. Lo que sentía era mucha gratitud, ¿y quién no? En unos meses, su vida ya no era, ni por casualidad, lo que fue o podía haber sido. Gracias a él, Marco y Dana estaban muy bien; Carmen y Raúl los adoraban, y por fin disfrutaban de todo lo que se merecían. Bella los visitaba todo el tiempo, y si no era así, ellos iban a verla. Ahora se sentía en paz, tranquila y fuerte, lista para enfrentar la vida y lograr lo que siempre se propuso. Todo eso era gracias a aquel hombre de mirada color aceituna que buscó, sin pedir nada a cambio, ayudarlos para que su futuro fuera mejor que aquel que se vislumbraba y habría tenido si hubiera continuado en ese estado.

Su cabeza daba vueltas y vueltas mientras estaba recostada en el pasto tomando un poco de sol y observando las nubes moverse lentamente con el viento; se sentía ligera. Sonrió alegre. De repente, algo la olisqueó; una pequeña nariz húmeda se acercaba a su mejilla. No era uno, sino dos cachorros de labrador: uno negro como la noche y otro de color miel. Se incorporó de inmediato, sorprendida, y los cargó mientras se reía ante lo excitados que se veían.

—¿Y ustedes quiénes son? Qué lindos están... —jugaba con los dos al mismo tiempo, envuelta en tiernas carcajadas al ver su exorbitante energía. En ese instante fue consciente de que alguien la observaba desde uno de los enormes ventanales que separaban la casa del jardín: era él. Su corazón comenzó a martillar más rápido y su pulso se aceleró, su garganta se cerró y las palmas le empezaron a sudar. Era asombrosamente atractivo, imponente, demasiado hombre e irremediamente... lejano. Caminó hasta él, turbada, sin percatarse de que los cachorros la seguían. Nada importaba salvo su fuerte mirada clavada en la suya, arrastrándola a un mundo que sabía no debía pisar, pero que no podía evitar desear entrar con todo su ser. Cuando

estuvo a unos metros de su cuerpo, se detuvo, nerviosa.

—Hola, Sebastián...

Definitivamente no estaba preparado para esa visión. Ahora que ya estaba mucho mejor, su belleza resaltaba aún más; su piel brillaba y sus ojos emanaban destellos; su cabello suelto resplandecía, y unos rizos revueltos adornaban su rostro de forma delicada. Parecía todavía más un ser etéreo de otro planeta que cuando la conoció.

—Veo que ya te encuentras bien —logró decir admirado y con un cosquilleo recorriéndole todo el cuerpo. La joven le regaló la más hermosa de sus sonrisas, asintiendo, aunque lo cierto era que parecía desconcertada.

—Sí, cada día es mejor que el anterior —sus pupilas continuaban enganchadas a él. Era evidente cómo la corriente de su atracción viajaba entre sus cuerpos dejándolos así, paralizados, a medio respirar.

—No sabes cómo me alegra, Bella —expresó al tiempo que le quitaba un rizo desordenado del rostro. Enseguida los dos sintieron la electricidad correr por sus pieles. Unos ladridos los sacaron de su trance y ambos rieron. Él tomó uno de los cachorros en brazos e Isabella hizo lo mismo con el otro—. ¿Te gustan? —preguntó de forma casual, acariciando a la criatura que tenía pegada al pecho.

—Sí, ¡son preciosos, Sebastián! —el pequeñín que ella llevaba le lamía el rostro; era el más inquieto.

—Son tuyas —sus ojos penetrantes y duros se volvieron a clavar en los de la joven.

—¿Mías?

—Sí, tuyas. Así que deberías pensar en cómo las llamarás —al ver la reacción de Isabella, supo que había hecho lo correcto.

—No lo puedo creer, esto es demasiado. ¡Muchas gracias! —acercó los dos cachorros a ella y los observó detenidamente; al negro lo pegó más a su rostro, estudiándolo con profunda inocencia—. Bien, tú te llamarás Luna —se giró hacia el cachorro más claro—. Y tú, Miel —lo miró agradecida un segundo después, regalándole otra sonrisa maravillosa—. De verdad, muchas gracias, Sebastián. Es el mejor regalo que he recibido jamás. ¡Dios, no lo puedo creer! Marco y Dana se pondrán felices cuando las vean —se arrodilló y comenzó a jugar con los inquietos animales como si tuviera diez años.

—Apuesto a que sí —no podía dejar de contemplarla. Ahí, frente a él, jugando despreocupada, parecía demasiado infantil y, a la vez, demasiado mujer. Desde que los vio en aquella tienda supo que tenía que dárselos. Dos semanas sin verla fue demasiado, y aunque la recordaba en todo momento, comprendió que la imagen que tenía de ella no le hacía justicia ahora que estaba floreciendo y se convertía en una exótica y hermosa flor.

—Bella, voy a darme una ducha. ¿Te veo en la cena? —sonó a una invitación; su voz era ronca y la observaba de una forma extraña.

—Sí —murmuró con las mejillas sonrojadas, intentando ignorar todo lo que le hacía sentir. Continuó jugando con los canes.

## \$

La cena fue muy agradable. Le habló sobre los países a los que viajó y respondía las preguntas que ella le formulaba. Por lo mismo los describió detalladamente, disfrutando

de la expresión maravillada de Isabella. Esa joven era un misterio, una mezcla de inocencia y autosuficiencia que lo inquietaba, lo deleitaba y lo intrigaba. Se hallaban perdidos en una nube, en un mundo ajeno al de los demás, disfrutando de aquel momento de paz que la vida les regalaba.

Ciro salió de la cocina cuando estuvo seguro de que ya habían comido el postre.

—No deseo interrumpirlos, pero Isa tiene que ser muy constante con las instrucciones que dio Paco, y una de ellas es no dormir menos de lo que necesita —Isabella se sonrojó nuevamente. ¡Diablos! Que hiciera eso le perturbaba hasta el alma, lo hacía sentir un ser vulnerable y demasiado joven.

—Bella, Ciro tiene razón; ve a descansar, en otro momento continuamos, ¿está bien? —ella se levantó sin muchas ganas y, asintiendo, salió de ahí y caminó hasta las escaleras. Ambos la siguieron en silencio. Con gesto de cansancio y desilusión, ascendió, sabiéndose observada.

—Buenas noches, y... gracias.

Sebastián no podía quitarle la vista de encima. Hacía unos momentos parecía una mujer vibrante y plena; ahora, una niña regañada y obediente. Lo estaba aniquilando.

—Es demasiado bonita para su propio bien —susurró el mayordomo, notando la reacción de su patrón.

—Demasiado, Ciro, demasiado... —contestó Sebastián con el mismo volumen, pero sin dejar de ver dónde estuvo Isabella segundos atrás.

—Es una muchacha muy agradable, Sebastián —Sebastián se giró, sonriendo, y regresaron al comedor.

—¿Todo estuvo bien en estos días? —quiso saber, sentándose de nuevo y tomando un sorbo de su café.

—Sí, mejor de lo que esperé. Al principio pensé que me iba a ser complicada algunas veces, porque es evidente que tiene su carácter... —sonrió asintiendo—. Me equivoqué; sigue las instrucciones del médico al pie de la letra, es muy responsable y comedida, desea ayudar en todo, aunque, como tú lo ordenaste, no se lo permití. De verdad, es una jovencita respetuosa y sencilla.

—Me da gusto que esto esté funcionando. Te confieso que sí me preocupaba un poco cómo se desenvolvería aquí. Es muy orgullosa, y sí..., tiene su carácter, pero ahora me parece que solo reacciona así cuando se siente atacada o desilusionada —reflexionó Sebastián seriamente, haciendo un resumen mental de lo que ha transitado a su lado.

—Probablemente su vida no debió ser fácil; sin embargo, no se queja. En fin, tengo trabajo que hacer, y además..., ¿qué te puedo decir yo? Es evidente que tú ya tienes bien formada tu opinión sobre ella —Sebastián lo miró confundido dejando su taza sobre la mesa.

—¿De qué hablas? —quiso saber, desconcertado.

—¿Deseas que te lo diga, Sebastián? No eres ningún chaval, ambos lo sabemos; solo basta ver cómo la miras y cómo, cuando ella está presente, la mente no es la que te domina, como suele suceder. No finjas demencia; no te va, no conmigo —Sebastián se puso de pie, molesto.

—En serio, hablas demasiado, Ciro. Me voy a descansar antes de que se te ocurra otra tontería. Buenas noches, y gracias por todo —salió de ahí con aire de indignación. El hombre lo observó, riendo. ¿Cuánto tiempo jugaría a fingir que nada ocurría entre ambos? Se encogió de hombros y se dirigió a la cocina para verificar que los últimos

deberes del día se cumplieran perfectamente.

## \$

Sebastián pasaba cada vez más tiempo en casa; incluso los fines de semana iban juntos con Raúl y Carmen. Organizaban comidas donde todos reían y disfrutaban relajados, alegres, envueltos en risas y bromas. Jugaban eternas partidas de dominó en las que Carmen y Sebastián siempre se peleaban por el primer lugar. Su concentración provocaba las carcajadas y trampas de los demás.

Una tarde, después de verlo con Dana ir y venir sin más, Isabella le pidió a su hermano que le diera clases para saber andar en bicicleta. Fue gracioso notar cómo para Sebastián era un verdadero suplicio cada tarde que sacaban del garaje ese medio de transporte endemoniado. El hombre cerraba los ojos con ansiedad ahí, de pie en la calle, cada vez que ella estaba a punto de caer. Era una situación que ocurría cada cinco minutos. A las semanas no pudo más; sabía que, si seguía así, pronto tendría una úlcera o una gastritis, por lo que le pidió a Marco una autorización formal para que le permitiera terminar de enseñarle sin tanto riesgo. Él era más grande y fuerte y, por supuesto, no tan temerario como el chico; no permitiría que tuviera ni un rasguño. Por lo mismo pasaban horas fuera de la casa de Carmen y Raúl; él soltando la bicicleta y luego volviéndola a agarrar, y ella intentando perderle el miedo a caerse y romperse un hueso. Conforme pasaba el tiempo, era más evidente la atracción que existía entre ambos; Isabella confiaba en él ciegamente y se ruborizaba cuando estaba a su alrededor. Él perdía de vista todo cuando la joven de grandes rizos se hallaba cerca de él, y si no, se dedicaba a buscarla con la mirada de forma impaciente.

Los dos eran felices juntos, pero parecía que ninguno haría nada para cambiar el orden de las cosas por miedo a dar un paso en falso que hiciera terminar esa vida tan maravillosa que entre todos estaban conformando. Hacían excursiones al zoológico, a los parques, a casa de Sebastián... Jamás paraban. A su lado, él se sentía vital y vivo, mientras que ella se sentía feliz y tranquila por primera vez en su vida. Nada podía ser más perfecto; nada.

Entre semana cenaban juntos. La conversación nunca se terminaba siempre y cuando se mantuviera en el límite de lo personal. Cuando él podía, paseaban juntos a Luna y Miel. Isabella cada vez era menos tímida; sin embargo, evitaban el contacto deliberadamente, ya que la corriente que despertaba en cada uno era demasiado intensa como para ignorarla y creían que era mejor dejarla de lado. El acomodo de las cosas era el ideal, no lo modificarían.

Ya llevaban viviendo seis meses en la nueva casa. Pasaron más de nueve desde aquel día en que sus vidas se cruzaron; todo era paz y tranquilidad a su alrededor.

—Magdalena cocina delicioso —la comida de esa mujer mayor, amable y amigable era como un festín.

—Lo sé..., siempre ha sido así. ¿Sabes? Cuando era pequeño, me moría por las tartas de manzana y ella hacía una cada vez que podía para complacerme. Un día se descuidó y tuvo un error: me la comí toda recién horneada en menos de quince minutos. Te imaginarás lo mal que me puse del estómago. Mi madre ya no sabía qué hacer para que pararan las arcadas, mientras Ciro llamaba al médico y Magdalena lloraba afuera de mi habitación sintiéndose culpable. En realidad, fue muy gracioso ver los rostros de

todos, pero en especial el de ella... Era un niño; esas cosas se hacen cuando se tiene esa edad. Después de ese día, cada que hacía una la escondía y me dejaba solo un pedazo en algún lugar de fácil acceso.

—Pobrecita, debió asustarse. Lo cierto es que sí fue muy gracioso, y tú un niño travieso —su semblante cambió enseguida y se tornó serio, ausente. Sebastián supo la razón de inmediato; cuando hablaba de su niñez, ella lo escuchaba atentamente, aunque su semblante se alteraba e inmediatamente desviaba el tema. Sin embargo, estaba decidido a hacerla hablar. Quería saber más, necesitaba conocer su historia.

—Bella, por favor, no cambies de tema como siempre, háblame de ti —posó su mano sobre la suya. La joven la retiró de inmediato, desviando la mirada, evidentemente, turbada.

—No hay nada qué decir, Sebastián. No ocurrió nada tierno o gracioso, nada que merezca ser recordado, y... —su voz era plana, no demostraba ninguna emoción.

—Bella, por favor, mírame. ¿Tus padres murieron? —en cuanto pronunció esas palabras, la chica quedó totalmente vulnerable ante él una vez más. ¿Cómo se atrevía?—. Por favor, no te molestes. Llevo más de nueve meses conviviendo con ustedes y no sé nada de ti —furiosa, Isabella se levantó.

—Sabes lo que tienes que saber. ¿No entiendes que no hay más, no hay nada más? ¿Por qué insistes? —le preguntó llorosa.

Sebastián comprendió que había llevado las cosas un poco lejos, pero no deseaba dar ni un paso atrás. La siguió y la detuvo con ternura en cuanto pudo.

—Sí hay más, y lo sabes. Lo peor es que te duele, lo sé. Pensé que éramos... amigos, que confiabas en mí, Isabella. ¿Qué sucede? Solo dilo —Isabella intentó zafarse de sus manos, que parecían tenazas alrededor de sus brazos.

—No sé quién es mi padre, y mi madre, con engaños, nos abandonó a mis hermanos y a mí en el lugar donde vivíamos. ¿Ya se sació tu curiosidad? —conocer la verdad le generó a Sebastián un profundo dolor. ¿Cómo era posible que alguien hiciera eso? ¿Quién abandonaría a tres criaturas, así, sin el mínimo remordimiento? Isabella intentó soltarse inútilmente—. Suéltame, Sebastián, por favor, no sigas... —sollozó, ansiosa. Él no la dejó ir, al contrario, acercó su pequeño cuerpo al suyo sin dificultad, mirándola fijamente.

—¿Cómo fue que terminaron en el orfanato? —su pecho delicado se hallaba sobre el suyo; podía sentir su aliento suave y notó el dolor que le estaba causando hacerla recordar todo eso. Lo cierto era que no podía seguir evadiéndose; sentía que no era lo correcto. Ella ya tenía lágrimas en esos enormes ojos y suplicaba que parara. Sin embargo, no se rindió aun cuando sabía que por esa mirada sería capaz de hacer la peor locura—. Isabella, ¿cómo llegaron ahí? —insistió. Ella bajó la vista hasta sus pies, completamente turbada, nerviosa, dolida por tener que recordar ese momento de su vida que tanto deseaba olvidar.

—Cuando nos quedamos sin comida, salimos a pedirla. Una señora se dio cuenta y nos puso a trabajar en las calles vendiendo chicles o pidiendo dinero simplemente. Un día, llegó el DIF<sup>1</sup> y nos llevó a ese sitio. Ahora que te complací, ¿puedes dejarme ir? —

---

<sup>1</sup> DIF: Desarrollo integral de la familia. Es una institución mexicana de asistencia social que se enfoca en desarrollar el bienestar de las familias de este país. Promueven la planificación familiar, el cuidado de los niños y la asistencia a ancianos, entre otros. Es representado por las esposas

lloraba como una niña pequeña. Él no pudo más; la rodeó con sus brazos, envolviendo en su calidez a ese cuerpo tembloroso durante lo que le pareció una eternidad. Para su sorpresa, ella continuó hablando pegada a su pecho, sollozando—. Dany tenía unos meses, Sebastián, y Marco apenas cinco años. No entiendo por qué lo hizo, ¿no pensó en todo lo que nos podía suceder? Ella jamás regresó ahí. ¿Sabes? Cada vez que salía de la escuela, me escabullía e iba a ese lugar donde nos dejó y nunca volvió. La odio, Sebastián, la odio —continuó humedeciendo su pecho, apretando su camisa con rabia contenida.

Sebastián no supo qué decir. Por supuesto que lo que les hizo esa mujer era monstruoso. La sangre le hervía; esos chicos, ella..., esa hermosa criatura de ojos cautivadores que ahora tenía bajo su resguardo tuvo que pasar por cosas realmente horribles. No la soltó hasta que sintió que comenzaba a respirar regularmente. Cuando la notó serena, la liberó lentamente. Sus miradas se toparon, abrazándose sin percatarse, sin soltarse. Nada a su alrededor existía; era como si hubiesen desaparecido y se hallaran en un sitio creado solo para ellos, para lo que sentían al intercambiar los mensajes que emanaban de sus ojos. Despacio, como si buscara su aprobación, Sebastián fue acercando los labios a su frente y la besó con dulzura. Después, hizo lo mismo con sus ojos, con sus mejillas. Se moría por besarla completamente, se moría por tocarla y hacerla saber que jamás volvería a sentir algo así, pero ella estaba demasiado vulnerable y él no quería aprovecharse, por mucho que el deseo lo estuviera consumiendo.

—Te juro que nunca vas a volver a estar sola, Isabella, te lo juro —la joven le regaló una sonrisa triste, poniendo un poco de distancia, embelesada por su gesto, aturdida por la intensidad de sus palabras.

—¿Ahora comprendes por qué no me gusta hablar de eso? Me pongo como una tonta —admitió con timidez, secándose las lágrimas. Él apresó su mano y continuó su labor con suma ternura. Su pequeño cuerpo aún estaba demasiado cerca; lo sentía cálido, perfecto.

—No digas eso, Bella. No debe de ser nada fácil recordar lo ocurrido. Lo siento, no debí... —ella lo silenció con un dedo sobre sus gruesos labios. Ese simple gesto lo dejó deseando más. ¿Qué tenía esa chica que lo trastornaba de ese modo?

—No es tu culpa. Tú solo has traído cosas buenas a nuestras vidas y, gracias a ti, he comenzado a creer que hay gente que vale la pena —Sebastián se quedó sin palabras; se sentía feliz de haber escuchado lo que acababa de decirle. Sin embargo, no mostró ninguna emoción; no sabía qué debía hacer con lo que estaba ocurriendo. La joven se regañó a sí misma por haber dicho eso último. Le debía demasiado y no quería que se sintiera incómodo con su presencia o se diera cuenta de que... sentía más que gratitud por él—. Será mejor que me vaya a dormir... Buenas noches, hasta mañana, y... gracias.

—No hay de qué, Bella. Descansa —él le dio un pequeño beso suavemente en el dorso de la mano y la dejó ir, aún desconcertado. Nunca le había afectado lo que una mujer dijera... ¿Qué le estaba ocurriendo? Actuó como un crío sin experiencia ante sus palabras; sin embargo, con Isabella se sentía así todo el tiempo. Por un lado, esa

---

de los primeros mandatarios (presidentes) y se les reporta a ellos directamente.

avasalladora atracción que lo hacía pensar en sus ojos de una forma obsesiva; por otro, una desproporcionada necesidad de protegerla, incluso de sí mismo.

Isabella llegó agitada a su recámara y se encerró, recargándose en la puerta, sintiéndose una tonta. Estaba en *shock*. ¿Qué sucedió allí abajo? Había flotado por un momento. Los besos de Sebastián la hicieron sentir... mujer, deseada. Un mareo y miles de aves volaban, literalmente, dentro de su estómago. ¿Qué le estaba pasando? Sebastián la atraía de una forma abrumadora, pero no podía estar enamorada de él. Se acercó a su cama y se sentó, completamente absorta en sus pensamientos.

¿Qué debía hacer? ¿Estaría confundida? No, definitivamente no. ¡Dios! ¿Él sentiría lo mismo? ¿O sería así con todas? Porque seguro que había muchas. ¿Quién no se moriría por él? Poseía todas las cualidades que alguien desearía, pero... ¿Por qué estaba solo? A lo mejor ya había tenido a alguien. Isabella se ordenó tranquilizarse; debía dejar de tontear con el hombre que hizo todo por ella. Sabía perfectamente que él jamás se fijaría en una muchacha así, con su pasado, con su vida, con su educación. Debía recordar de dónde provenía, que él hacía eso porque era un hombre bueno, más bueno que cualquier otra persona que hubiera conocido, no porque sintiera algo especial por ella, o por lo menos no como le habría gustado que fuera. Se encontraba profundamente turbada.

Se tumbó resoplando, realmente confundida. Solo esperaba que no se estuviera dando cuenta de su gran inclinación hacia él; eso sería bochornoso y muy ingrato por su parte.

## \$

Sebastián llevaba más de media hora bajo del agua helada y su temperatura no disminuía. Recargó su frente en el frío mosaico, sintiéndose impotente y ansioso. ¿Cómo diablos se había metido esa niña tan dentro de él? Bueno..., ya no era definitivamente una «niña»..., era una mujer, ¡y qué mujer! Lo que acababa de pasar minutos atrás fue demasiado. Sin embargo, su cuerpo no se conformaba; lo quería todo. Ni siquiera sintió algo similar por la arribista con la que estuvo a punto de casarse. Solo de pensar en Isabella, su cuerpo llegaba a temperaturas peligrosas.

¿Y si lo intentaba y se dejaba llevar? Su mundo la destruiría, pero ¿podría ser algo pasajero, solo diversión y así terminar con ese deseo que lo estaba consumiendo? No, definitivamente no le podía hacer eso. Ella era demasiado orgullosa y se iría; él ya no la vería a diario, sus días serían eternos. No, definitivamente Isabella era para algo serio y él no estaba preparado para eso. Ya había jurado no involucrarse nunca más. Sin embargo, su cuerpo no le hacía fácil la tarea. Debió dejar que se marchara cuando se lo propuso; fue un estúpido. Ahora ya no la podía tener lejos; si se iba, iría tras ella como un perrito faldero. La necesitaba, la... ¡¿en qué mierdas estaba pensando?! Era una mujer hermosa, tenía los ojos más maravillosos que había conocido y le había hecho volver a encontrarle sentido a su vida, pero hasta ahí..., nada más. Estaba agradecido con ella, igual que ella con él. Lo mejor sería cambiar de ambiente. Sí, lo ideal era salir de viaje.

Unos minutos después se dio por vencido y salió de la ducha. Se llenaría de trabajo unas semanas, y cuando regresara, seguramente estaría más tranquilo. Se puso su bóxer y se echó sobre el colchón con los brazos detrás de la cabeza. Eso haría; era lo

mejor para los dos. Probablemente, si ponía distancias, ella comenzaría a hacer su vida y tendría más amigas, saldría, conocería hombres. Hombres no, ¡de ninguna manera! La sangre ahora le hervía de coraje, de celos. Eso sí que no, que ni se le ocurriera traer un hombre a la casa; ella no podía hacer eso.

Se frotó la cara, desquiciado. Ya estaba desvariando; él no era su padre, ni su marido, ni nada. Alejarse de allí un tiempo solucionaría su demencia.

Una vez resuelto, esto comenzó a hacer su equipaje de inmediato. Llamó a Abril, su asistente, y le pidió un itinerario completo para que estuviera listo en media hora para así poder aprovechar el tiempo y hacer lo que tuviera que hacer fuera del país. Si Isabella supiera cómo era él con el resto del mundo, ya se habría dado cuenta de que su comportamiento con ella era de lo más inusual.